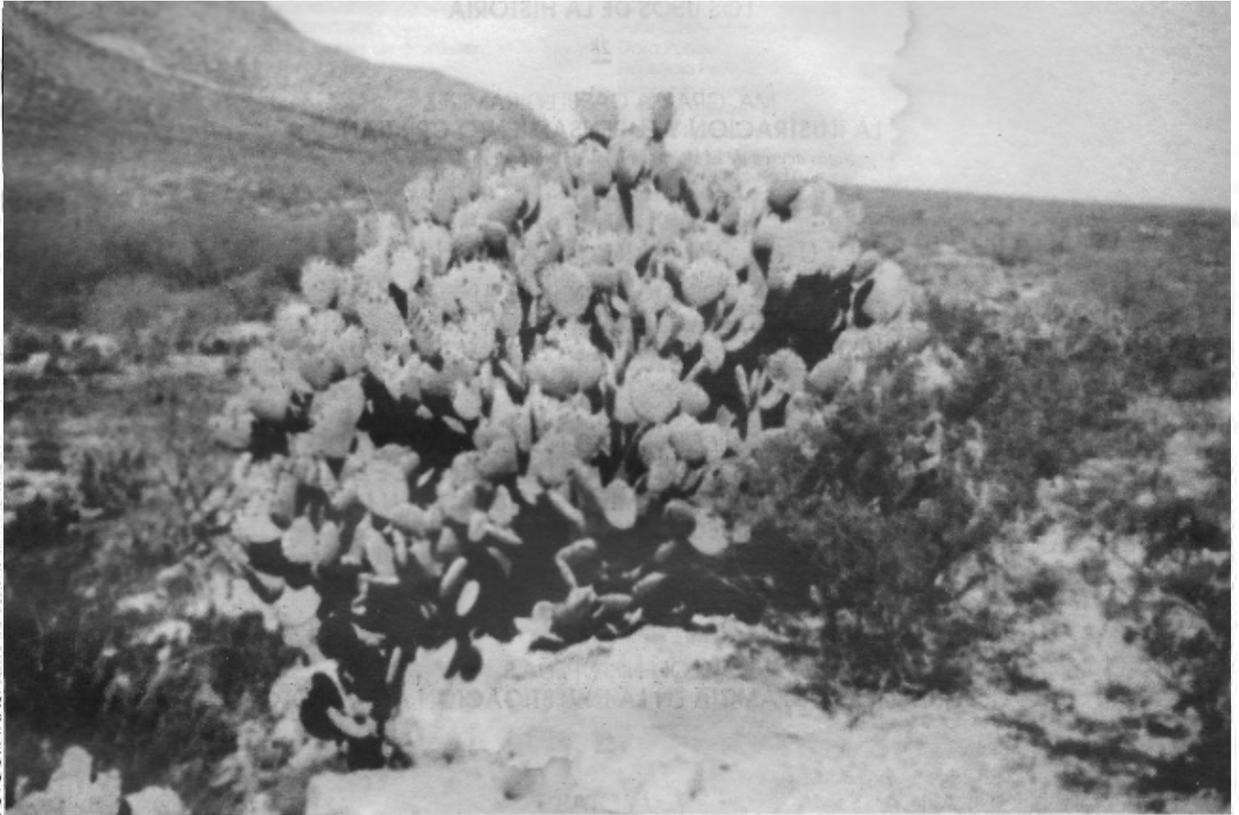


## LA MUJER RECOLECTORA EN LA REPRODUCCION MATERIAL

LOS GRUPOS CAZADORES-RECOLECTORES DEL DESIERTO DEL NORTE DE MEXICO



FOTOGRAFIAS: LETICIA GONZALEZ ARRATIA

*Si se parte de la premisa de que la división del trabajo en las sociedades cazadoras-recolectoras del desierto del norte-centro de México básicamente consistía en que los hombres cazaban y elaboraban instrumentos de piedra, en tanto que las mujeres recolectaban y procesaban las plantas para su alimentación, veremos que para estas últimas las cargas de trabajo tenían que ser muy pesadas y que la mayor parte de su tiempo era tiempo de trabajo.*

Ponencia presentada en el II Congreso Internacional de Historia Regional organizado por la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, del 28 al 30 de marzo de 1990.

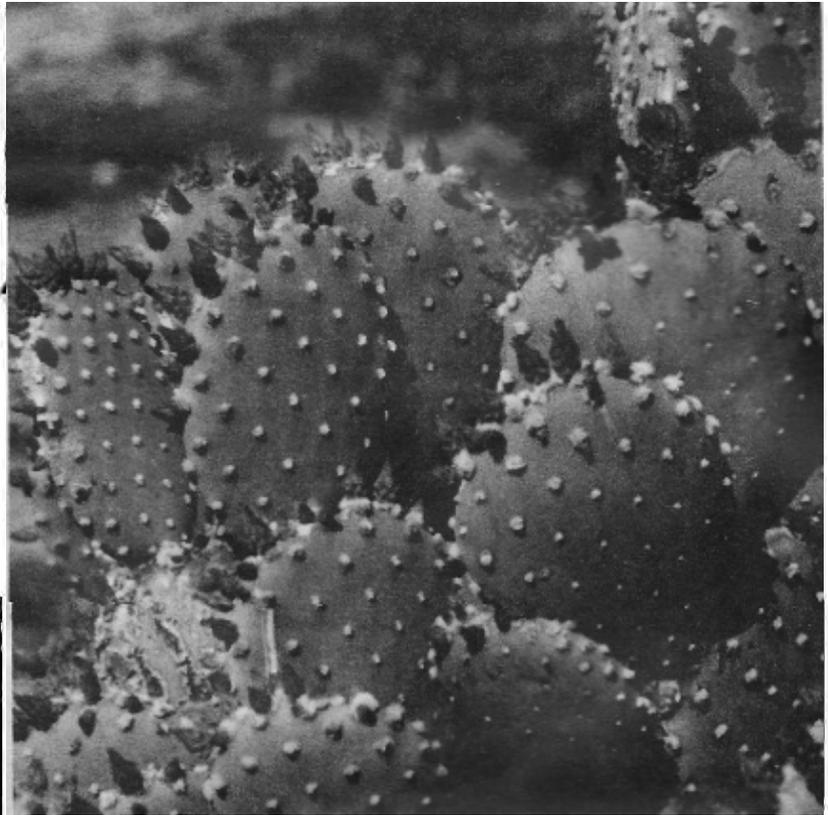


**E**l territorio del norte de México es primordialmente un gran desierto, en tiempos prehispánicos estuvo habitado por una población que dejó vestigios de su presencia en este amplio espacio.

En la parte de este desierto que caracteriza al norte-centro de México, también denominado Desierto de Chihuahua, se encuentran ampliamente distribuidos sitios arqueológicos tanto en el Bolsón de Mapimí, en los estados de Durango, Chihuahua y Coahuila, como en la Laguna de Mayrán, Coahuila, y hasta los médanos de Samalayuca, Chihuahua, conteniendo artefactos que dan cuenta de las actividades que realizaron sus habitantes a partir de una organización social y del trabajo que difería radicalmente de la que después impusieron los conquistadores españoles en esta área.

Este desierto del norte-centro de México -Desierto de Chihuahua- abarca en sentido geográfico la totalidad del estado de Coahuila por el oriente; la parte oriental del estado de Chihuahua, de las estribaciones orientales de la Sierra Madre Occidental hasta los límites con el estado de Coahuila, y la parte oriental del estado de Durango, de las estribaciones orientales de la Sierra Madre Occidental hasta los límites con el estado de Coahuila (Schmidt, 1983:38).

Los estudios etnohistóricos y arqueológicos realizados hasta el momento permiten señalar que la población prehispánica que habitó este gran desierto del norte-centro de México, fue cazadora-recolectora durante la mayor parte de su existencia, salvo excepciones muy localizadas geográficamente y por



un corto periodo de tiempo (particularmente a orillas del río Conchos y, posiblemente, aunque no está totalmente claro, en el perímetro de la Laguna de Mayrán, Coahuila, donde tal vez se haya practicado la agricultura). Esta práctica está documentada para el río Conchos en un periodo de tiempo limitado; surgió en 1200 a.C. y declinó hacia 1400 a.C. (Kelley, 1951:119).

Podría proponerse, pues, a manera de hipótesis, que el modo de producción que predominó durante toda la época prehispánica en este ámbito ecológico fue el de la caza y recolección, y que las características fundamentales de la organización social y del trabajo de los numerosos grupos prehispánicos que habitaron esta zona fueron semejantes, diferenciándose únicamente en aspectos muy secundarios y superficiales como pudieran ser los tipos de adornos o formas de puntas de proyectil; diferentes formas de pintarse el cuerpo y la cara, etcétera (Kirchhoff, 1943:133).

El presente estudio pretende centrarse primordialmente en las generalidades estructurales de los grupos humanos que



habitaron este territorio en el pasado y pasar por alto lo que los arqueólogos generalmente subrayan, como son las interminables listas de nombres de puntas de proyectil y otros artefactos, porque este tipo de enfoque no contribuye a avanzar en el conocimiento sustancial de las sociedades humanas que los fabricaron sino, únicamente, rastrear geográficamente su presencia.

Para tener una idea sobre cómo lograron sobrevivir los grupos recolectores-cazadores a través del tiempo

en este ambiente hostil, tomaré como punto de partida la información etnohistórica y arqueológica con la que contamos, de tal manera que se detecte la "doble naturaleza" de este fenómeno, es decir "...como proceso ecológico y como proceso económico..." (Toledo, 1980:35).

Para acercarse al desierto del centro-norte de México y ubicar en este contexto ambiental a las sociedades humanas que lo habitaron, es necesario considerar particularmente su flora y



fauna, así como su geomorfología; es decir, las diferentes formas plasmadas sobre la tierra y que inciden en la conformación del paisaje, las que están relacionadas también con la topografía local.

La población prehispánica que habitó esta área manejó e integró de manera inteligente en sus actividades económicas, domésticas, rituales y de diversión, tanto los recursos vegetales y animales como los elementos geomorfológicos y las rocas, lo que les permitió



la supervivencia y reproducción de sus formas de organización social y del trabajo a través de los siglos hasta la llegada del conquistador español.

De una manera general se podría decir que en el paisaje del desierto de Chihuahua predomina la planicie, y las elevaciones como los cerros y montañas surgen como islas rodeadas por el suelo plano (Martínez y Morello, 1977:12).

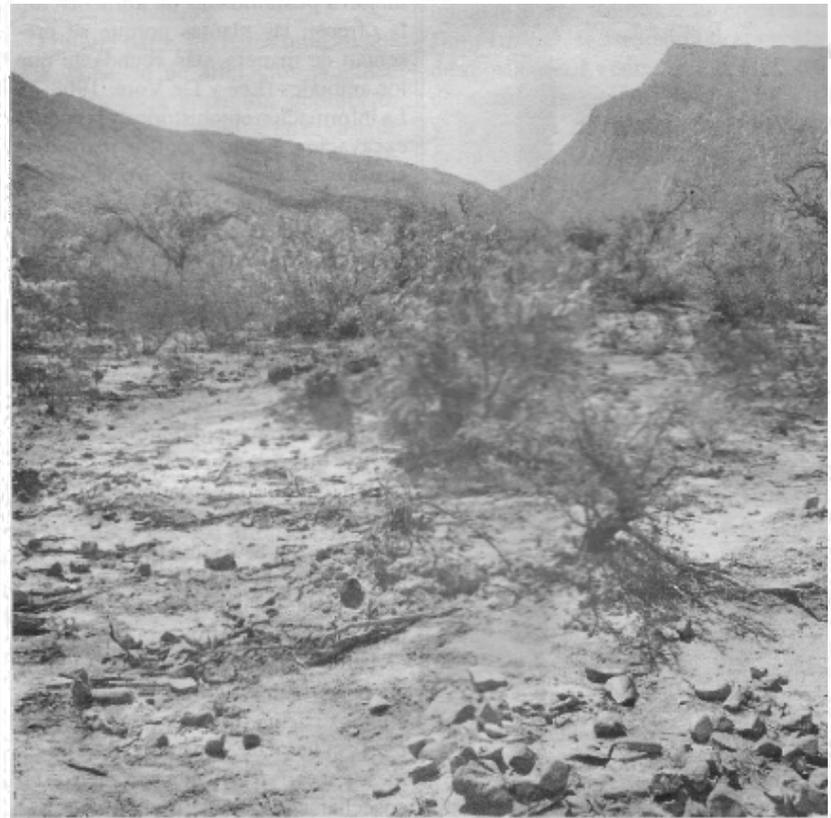
Contemplado desde más cerca, se perciben otras formas de menor elevación sobre la planicie, tales como lomas de baja altura, dunas y, como si fueran largas grietas dividiendo la planicie de tanto en tanto, cauces de arroyos secos (González, 1979).

La población prehispánica utilizó ampliamente todas estas formas para ubicar sus campamentos habitacionales, sus áreas de trabajo y diversión, sus prácticas simbólicas y sus rutas de desplazamiento. Seguramente organizaron su espacio a partir de amplios territorios limitados por convenciones aceptadas entre estos grupos. En este fragmento de la naturaleza sus habitantes debían determinar cómo utilizar tanto sus elementos geomorfológicos como los de subsistencia para reproducirse social y físicamente.

Al dedicar su trabajo principalmente a la caza y la recolección, y secundariamente a la pesca cuando los microecosistemas prestaban tal recurso, implicaba el frecuente traslado de una parte a otra del territorio buscando opciones para la obtención de alimento, pasando continuamente de un microecosistema a otro.

Así pues, la movilidad o nomadismo fue característica de esta sociedad y su paso continuo por su territorio los interiorizaron con la geomorfología y distribución de agua, plantas y animales del área.

De hecho, una sociedad de este tipo debe resolver permanentemente dos problemas en términos de espacio y de utilización de los elementos geomorfológicos: la posición del campamento habitacional y su relación inmediata con respecto a sus espacios de trabajo, es decir, donde se distribuyen los productos de la naturaleza (Yellen, 1977:48) que convertirán en objetos de trabajo. En este espacio territorial se inicia el



proceso de producción al poner en marcha la primera fase de éste, o sea, la adquisición del objeto natural por medio de las ya mencionadas actividades de recolección, caza y pesca. Dependiendo de la forma de consumo que se pretenda realizar con el objeto natural, se entrará en una siguiente fase consistente en el procesamiento del objeto o producto derivado de las actividades primarias. El procesamiento en algunos casos consiste en transformar el objeto en un elemento de subsistencia, tal como el

alimento, ropa, etcétera; en otros, en transformar el objeto en instrumentos que se integren al sistema como medios de producción, tales como las puntas de proyectil, metales, redes, lascas utilizables, etcétera.

Pero dado que las actividades de transformación dependen de la posibilidad de adquisición de la materia prima, la estrategia a partir de la cual se usufructúa un territorio dado es fundamental en la reproducción de una sociedad de este tipo.



**PLANTAS DEL DESIERTO,  
GEOMORFOLOGIA  
Y SUBSISTENCIA  
DE CAZADORES  
RECOLECTORES**

Diferentes estudios de tipo socioecológico entre los cazadores-recolectores en ambientes desérticos, indican que las mejores posibilidades de alimentación la ofrecen las plantas porque se presentan de manera más abundante que los animales (Lee y De Vore, 1968:7). La información etnohistórica y las pocas excavaciones arqueológicas realizadas en el desierto del norte-centro de México confirman también este postulado. Existen datos documentales respecto a que los habitantes de este desierto buscaron y gustaban de los frutos frescos y jugosos por sobre otras posibilidades ofrecidas por los vegetales (Pérez de Ribas, 1944; Mota y Escobar, 1940; Casas, 1903 y Alegre, 1841).

Una visión rápida indica que las plantas que dan frutos en este desierto tienen carácter marcadamente estacional. Esto significa que los frutos, por ejemplo, aparecen entre mediados de la primavera y el verano y *desaparecen*, entre mediados del otoño, el invierno y principios de la primavera. Es el caso de la tuna, de los frutos del mezquite y de otros frutos jugosos como los de algunos cactus (la pitahaya, por ejemplo). En un margen de poco más de un mes se secan en la planta y se caen de no cosechárselos.

Otros frutos no son jugosos, por ejemplo los granos de los pastos; y otras plantas ni siquiera presentan fruto abundante como el maguey y otros agaves. En general se podría decir que los frutos jugosos son pequeños siendo la tuna el mayor. Existen otros muchos arbustos y plantas perennes que no ofrecen frutos, también existen plantas que sin proporcionar frutos ofrecen otras partes que pueden ser comestibles directamente, como raíces y tubérculos.

Una primera mirada a los recursos del desierto los presenta como pobres y

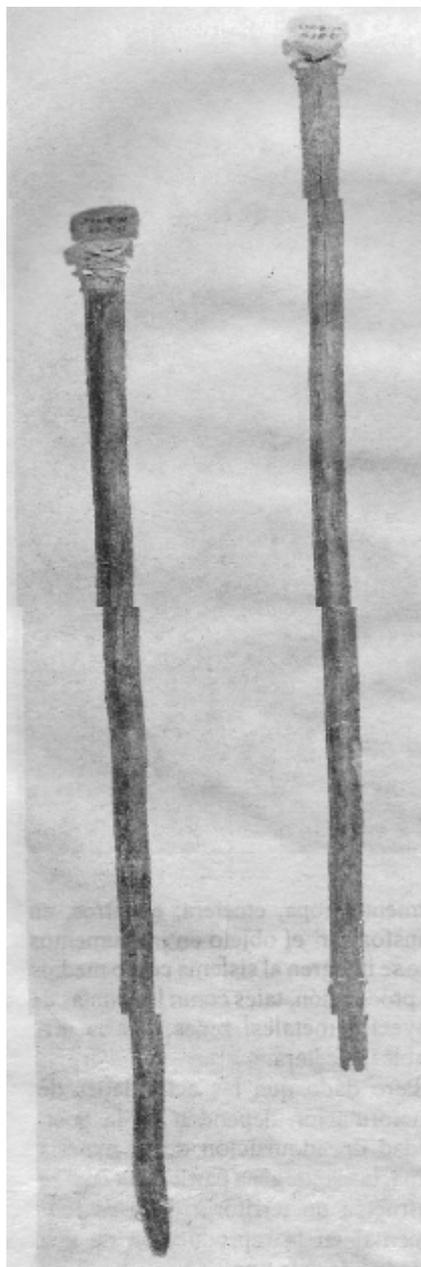
particularmente limitativos, por lo que a su rango de temporalidad se refiere. Es decir, que si bien algunos frutos aparecen de manera abundante como lo puede ser la tuna, en el que un solo nopal puede producir más de 600 tunas, sus posibilidades quedan limitadas por el corto lapso de tiempo en el que se presenta.

Otra peculiaridad de la vegetación del desierto de Chihuahua es que no se encuentra homogéneamente distribuida por el área. Ciertas especies tienden a concentrarse en determinados habitats y cuando las condiciones favorables no existen, por ejemplo un tipo de suelo adecuado, lo que se observa es una ausencia absoluta de estas plantas o una presencia aislada.

Los datos etnohistóricos proporcionan información sobre cómo se alimentaban los cazadores-recolectores (Ahumada, 1952:21-22; León, 1961:20-21 y 48-49 y Pérez de Ribas, 1944:247), mientras que los datos arqueológicos corroboran esto, además agregan información más específica sobre como utilizaban el paisaje, sus diferentes formas y vecindad con otros elementos como son el agua, la vegetación y seguramente los animales, aunque es difícil de encontrar referencia sobre estos últimos (Taylor, 1972; Martínez del Río, 1956).

El tipo de distribución de los sitios arqueológicos en este territorio indica por su contenido de artefactos (instrumentos de piedra tallada del tipo puntas de proyectil, navajas, raspadores, núcleos, lascas, percutores, instrumentos de molienda) que este material fue producido por grupos de cazadores-recolectores; por su baja densidad -los grupos debían tener un reducido número de miembros (podría pensarse de una a cinco familias por término medio)- y por su distribución, estos grupos utilizaron prácticamente todos los elementos geomorfológicos de su territorio para habitar y trabajar (González, en preparación).

Se encuentran indicios de ocupación humana tanto de habitación como de trabajo en los manantiales, y en los márgenes de los arroyos, o al menos de los que muestran un cauce relativamente profundo (aunque estén secos casi todo



el año); en las dunas y en torno a lagunas que actualmente se encuentran secas o casi secas, así como en la planicie y en las lomas de conglomerado (González, 1984:30-32), en cuevas o abrigos en los cerros.

También se ha detectado la utilización de diferentes espacios para llevar a cabo actividades diferentes de las de subsistencia y habitación. Estas actividades podrían definirse como rituales, por ejemplo las prácticas mortuorias en las que se utilizaron cuevas (como la Cueva de la Candelaria, en Coahuila) (Aveleyra, 1956); o enterramientos bajo piedras, como es el caso del montículo de la Hacienda, Chihuahua (Mallouf, 1987); la utilización de las paredes de abrigos o cuevas para rituales en los que fue importante la elaboración de pictografías; así como los yacimientos de rocas al aire libre (petroglifos) donde se grabaron motivos tanto de tipo abstracto como naturalista (Aveleyra, 1981; González, 1987 y 1988).

Este tipo de patrón de utilización del territorio implica una estrategia que contempla el amplio conocimiento de todos los elementos geomorfológicos

tanto para habitarlos como para explotarlos, así como para utilizarlos en prácticas simbólicas.

Por otra parte, los datos indican una baja densidad de artefactos prácticamente en toda situación geomorfológica, pero agudizándose en el caso de la planicie y aumentando particularmente en los manantiales y algunos sitios a lo largo de los arroyos y dunas. Las cuevas y abrigos en ocasiones muestran abundante material y en otras sólo leves vestigios del mismo.

Un elemento arqueológico de los sitios de superficie, que es muy importante para señalar la ocupación de un espacio como son las fogatas, tienden a distribuirse más intensamente en la planicie, en las dunas y en pocos sitios de los arroyos (González:30).

Se nota, pues, una diferenciación en la forma de utilizar el espacio del desierto que podría interpretarse como sigue:

Debido a las características de suelos y posiblemente también por cuestiones topográficas, la planicie está cubierta o por grandes extensiones de pastos y del arbusto conocido como gobernadora (*larrea divaricata*), la cual no se utilizó

como alimento, o por poblaciones reducidas y hasta aisladas de plantas que dan frutos frescos o tubérculos o, simplemente, se encuentra desprovista de vegetación. La combinación de bajas densidades de artefactos de uso activo, y la amplia distribución de fogatas permite plantear que la planicie fue sobre todo un lugar de tránsito para ir de un sitio a otro en el que seguramente hubieron de hacer alto en ocasiones para pernoctar (lo que explicaría la cantidad de fogatas), y cuya explotación de sus recursos sería más bien circunstancial (para satisfacer las necesidades momentáneas o como recurso último en la temporada de sequías), lo que explicaría la baja densidad de artefactos (González, en preparación).

Por otra parte, los manantiales fueron y son un lugar obligado de estancia, ya que ofrece mayores posibilidades de supervivencia, constituyendo las limitantes principales las distancias que deberían recorrer para la obtención de plantas una vez que se agotaran las de la cercanía al mismo. Además, el recurrente asentamiento en las dunas, a distancias relativamente alejadas de sitios con agua permanente, permite





plantear la hipótesis de que posiblemente se utilizaron en épocas de lluvias cuando el agua se distribuye más homogéneamente en el desierto, contenida en charcos (*ibidem*).

La estrategia de subsistencia de estos grupos tal y como la describen los cronistas de los siglos XVI y XVII, se encaminaba a favorecer los lugares donde había concentraciones densas de determinado tipo de vegetación; por ejemplo nopaleras, magueyales, pastizales, mezquites, por una parte, y donde hubiera agua, por otra. Asimismo, esta estrategia contemplaba la utilización estacional de determinadas plantas y partes de las plantas (Pérez de Ribas, 1944:247; Casas, 1903:170 y Mota y Escobar, 1940:169).

En el ámbito del Desierto de Chihuahua las nopaleras tienden a concentrarse en la bajada o pie de monte de los cerros; así como los magueyales que también se concentran en fallas y en las pendientes suaves de los cerros; los mezquites en áreas de concentración de agua como microdepresiones extensas o en los cauces de arroyos, y los pastizales en la planicie (también

denominada playa) (Martínez y Morello, 1977:23-26).

## ECOLOGIA DEL DESIERTO Y ESTRATEGIA DE SUBSISTENCIA

Tomando como punto de partida el que los grupos prehispánicos que aquí habitaron dependieron para su subsistencia principalmente del consumo de las plantas, cabe preguntarse cómo era posible que pudieran tener éxito en esta empresa si consideramos lo siguiente:

1. En el desierto la densidad de las poblaciones vegetales es relativamente baja, lo que se traduce en una biomasa limitada. Todo esto debido particularmente a la escasez de agua en superficie, ya que la poca lluvia que cae "...apenas superan los 200 mm..." (*ibid*:14).

2. Consecuencia de lo anterior, en secciones ampliamente distribuidas por este territorio, los suelos son salitrosos o ácidos debido a la falta de materia orgánica y humedad (Breimer, 1985), lo que limita aún más las condiciones óptimas para que las poblaciones vegetales se reproduzcan.

Mi hipótesis para explicar la forma como los diferentes grupos humanos cazadores-recolectores que habitaron aquí lograron rebasar estas limitantes, es que su estrategia económica se orientó a:

- a. ejercer un alto grado de selectividad en la elección de las plantas para integrar su dieta y
- b. en la utilización exhaustiva de los recursos seleccionados.

El tipo de plantas que integraron estos grupos a su economía y la forma de trabajarlas para lograrlo, son elementos que permiten dilucidar cómo se organizó la sociedad humana en cuestión para solucionar su subsistencia, y cómo, a través de esta selección, convirtió en objeto de trabajo "el fragmento de la naturaleza que se apropia" (Toledo, 1980:35).



En el desierto existen muchas plantas que potencialmente podrían ser utilizadas como alimentos, pero encontramos que los grupos prehispánicos consumieron preferentemente cuatro: el mezquite, el maguey, el nopal y los pastos (Taylor, 1972). Esto no significa que no consumieran otras plantas, únicamente que el trabajo social en su mayor parte se dirigió a la extracción y procesamiento de las arriba mencionadas. En este sentido no es apropiado hablar de un determinismo ecológico como es la tendencia a calificar a las sociedades cazadoras-recolectoras, sino más bien establecer que dentro de un universo de recursos mayores se ejerció un criterio en el cual se conjugaban las necesidades materiales con los recursos naturales presentes, con sus posibilidades reales (fuerzas productivas) de integrar los recursos del desierto a su economía y dieta.

Por lo que respecta a la utilización exhaustiva de los recursos seleccionados, ésto se manifestó en el caso de las plantas, consumiendo tanto las hojas (dependiendo de la estación), por ejemplo de los nopales; las flores (de nopales, yucca y otros), los frutos frescos en su estación, y en época de sequía los frutos secos, raíces y semillas (León, 1961; Casas, 1903). Se trata de una estrategia de "uso múltiple", lo cual implicó, a su vez, "...realizar un uso... multidimensional de sus ecosistemas..." (Toledo, 1980).

Una explicación plausible para el hecho de que en un ecosistema de recursos de por sí limitados, se limite aún más el rango de plantas integradas como alimentos principales, podría deberse a que se buscó un tipo de plantas que rebasaran los límites impuestos por la estacionalidad de los frutos frescos, o de otras partes frescas de la planta.

La única manera de lograr esto, por lo tanto, sería introduciendo formas de procesamiento que así lo permitieran. Es decir, desarrollar, inventar formas de alargar la potencialidad de la planta como alimento, de recuperar para la subsistencia partes ya secas de ella o de provocar que una planta no alimenticia en su estado natural se convierta en tal.

Por lo tanto, entra en juego una interrelación entre la sociedad humana

y la naturaleza. El éxito de la integración adecuada de los elementos de la naturaleza y de la sociedad humana dependió, fundamentalmente, del conocimiento de la microecología local y de la presencia de formas características de organización del trabajo humano, que son las que determinan qué tipo de recursos se han de aprovechar. Por lo tanto, es posible conceptualizar el proceso de trabajo como "...un fenómeno natural (ecológico), (así) como un fenómeno económico" (Toledo, 1980:43).

Para conocer la dinámica del proceso de trabajo que explicaría cómo se introducen estas partes de la naturaleza a la comunidad humana, es necesario también conocer cómo se divide la sociedad en agentes de la producción para explicar la organización del trabajo. El fenómeno económico, en cualquier sociedad, se inicia con la repartición de las tareas que una sociedad humana necesita realizar para subsistir. Es decir, con la división del trabajo.

## ORGANIZACION Y DIVISION DEL TRABAJO

Todas las sociedades cazadoras-recolectoras conocidas hasta el momento (Murdock, 1956; Sharp, 1986; Lee, *et al.*, 1968) o de las que tenemos referencias escritas, como es el caso de las que habitaron el Desierto de Chihuahua, muestran una división del trabajo consistente, por lo que respecta a la supervivencia, en que los hombres cazaban y elaboraban instrumentos de piedra, etcétera, mientras que las mujeres recolectaban plantas, las procesaban de ser necesario para convertirlas en alimento, y manufacturaban artefactos e instrumentos de trabajo (como redes de fibras textiles, objetos para vestir como sandalias, etcétera) (Mota y Escobar, 1940; Pérez de Ribas, 1944).

Si se parte de la premisa de que la alimentación dependía primordialmente de la recolección y procesamiento de las plantas y que estas actividades debía de realizarlas la mujer, se tiene una base



para pensar que las cargas de trabajo asignadas a ella tenían que ser pesadas y que la mayor parte del tiempo de la mujer era tiempo de trabajo.

Algunos autores, al comentar la forma de subsistencia desarrollada por los grupos de cazadores-recolectores del desierto, dan la impresión de que todos los miembros adultos de este tipo de sociedades se abocara por igual a desarrollar labores tendientes a la supervivencia común.

Se ha promovido la idea de que los grupos cazadores-recolectores son sociedades "igualitarias", mas en la práctica no es este estrictamente el caso, particularmente por lo que se refiere a la distribución del trabajo. Las sociedades prehispánicas que habitaron el Desierto de Chihuahua constituyen un buen ejemplo de esta desigualdad.

El trabajo femenino cotidiano se enfocaba hacia la recolección de las plantas y su procesamiento (León, 1961:21), pero para realizarlos se añadían trabajos colaterales como transportar las plantas recolectadas y cargar a los niños distancias considerables (*ibid*:32). Las mujeres, asimismo, debían de responsabilizarse de transportar el agua y la leña para el fuego de las fogatas (*ibid*:31), estar al pendiente durante la noche de que el fuego no se apagara, etcétera. De acuerdo con las fuentes documentales, estas actividades se realizaron de manera regular y, se podría pensar, con cierta disciplina (León, 1961:31-32; Casas, 1903:169). Los documentos así lo mencionan, y no existen datos que señalen lo contrario. Por otra parte, enfatizan el contraste respecto a las actividades en las que se involucra el hombre. De hecho, una

observación textual de un cronista del siglo XVII ejemplifica la diferencia entre cómo se aboca un grupo sexual u otro al trabajo. Según León, los hombres de los grupos cazadores-recolectores con los que se encuentra en Coahuila y Nuevo León "Son glotones, epicúreos, flojos y holgazanes. Sus mujeres son las que buscan las comidas y las hacen; mientras ellos duermen o se pasean..." (León, 1961:21).

Las actividades que realizaban los hombres eran principalmente la caza de venados, conejos, liebres y pájaros, así como también la defensa armada de su grupo cuando el caso lo requería (Casas 1903:167; León, 1961:37 y Pérez de Ribas, 1944:246). Practicaban el tallado de piedra y elaboraban puntas de proyectil de pedernal (León, 1961:37; Santa María, 1973:127).

Los datos que proporcionan las mismas fuentes respecto a la cacería de animales indican que se realizaba esporádicamente, como si se tratara más de un juego o pasatiempo que una alternativa para la obtención de alimentos y carece de esa "obligación" que permea las actividades femeninas dirigidas a obtener la subsistencia. Destaca también el hecho de que los hombres pasaban una buena parte del tiempo entreteniéndose con juegos de diferente tipo (Casas, 1903:168-169), mientras que, en general, no se habla de que esta forma de distracción u otra la compartiera o la realizara por su cuenta el grupo femenino.

Puesto que el trabajo relacionado con la subsistencia se dirigía a la apropiación cotidiana de la naturaleza, particular-

mente de las plantas, y dado también que el grupo femenino era el agente de la producción dedicado a esto, sus posibilidades de desplazamiento estaban limitadas por el peso que debía cargar (sobre todo hijos, plantas recolectadas, leña para la fogata) y por las diversas tareas que debía realizar en el curso de un mismo día (ya que de ello dependía que la familia se alimentara o no).

Por estos motivos el desplazamiento tenía que ser lento y a distancias relativamente cortas del campamento habitacional, circunstancia documentada por la etnografía contemporánea (Watanabe, 1968:75), lo cual se traducía en el agotamiento de los recursos vegetales inmediatos en el curso de unos cuantos días. De ahí, pues, que una de las estrategias económicas que comprendían a la totalidad del grupo consistiera en trasladar el campamento habitacional de un lugar a otro, lo que significaba que todo el grupo compuesto de una o más familias se dirigiera al sitio donde establecería nuevamente su habitación por un corto tiempo. Algunos de los sitios preferidos para ubicar el campamento habitacional los menciona Mota y Escobar (1940) como sigue: manantiales, concentraciones de agaves y, donde el microecosistema lo permitía, estanques con peces.

Con estos antecedentes es posible proponer que la reproducción material de la vida recaía más en la capacidad, conocimientos y actividades productivas de las mujeres que de los hombres, lo cual permite vislumbrar de manera parcial la estructura de las relaciones sociales de producción que movieron a este tipo de sociedad.



**TRABAJO DE LA MUJER,  
DESARROLLO DE  
FUERZAS PRODUCTIVAS  
Y REPRODUCCION  
MATERIAL DE LA SOCIEDAD**

Para poder realizar su trabajo eficientemente (es decir, obtener alimentos o convertir en tales las plantas para lograr la reproducción física cotidiana de la totalidad del grupo), las mujeres tuvieron que desarrollar y poner en práctica diferentes tipos de conocimientos y habilidades. Por una parte, conocer perfectamente la distribución de los agrupamientos de plantas en todo su territorio, así como la mejor época para cosechar frutos y otros segmentos de la planta. Por otra parte, implicaba el conocimiento y la habilidad para aplicar técnicas de transformación en las plantas, que convirtiera en alimento un tipo de planta que en principio no lo es, por ejemplo, el agave; o que refuncionalizara las partes secas de una planta fuera de temporada (frutos, raíces) por medio de la molienda (y tostado como en el caso de las semillas).

En otras palabras, se trata de formas específicas de aplicación del trabajo, el cual, dependiendo del tipo de plantas a las que se aplicaba, de la parte de la misma que se elegía y de su estacionalidad, implicó un menor o mayor grado de inversión de tiempo dependiendo de si se dirigía a la obtención de frutos frescos directamente comestibles, o si su consumo dependía de que se desplegara un nuevo esfuerzo productivo, como la transformación de los frutos secos y partes de la planta que no se comen de manera inmediata y es necesario darles un tratamiento más complejo.

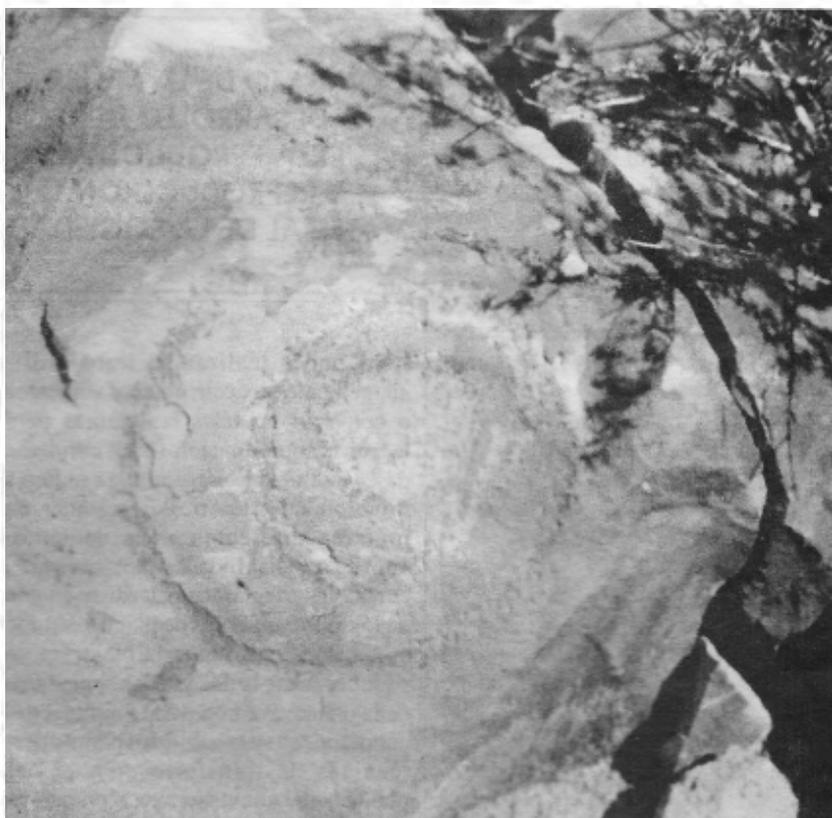
Para la integración del primer grupo (frutos frescos u otras partes de la planta fresca) al consumo social no existe ningún problema, se realiza por medio del consumo directo. En este caso se requiere únicamente de la recopilación y traslado de los frutos al campamento

habitacional. Para la integración del segundo grupo (frutos y partes secas de las plantas, o plantas que aun frescas no pueden ser consumidas directamente), se requiere de nuevas formas de aplicación del trabajo para su procesamiento y, por supuesto, de conocimientos tecnológicos que implica la elaboración y/o utilización de instrumentos adecuados al caso.

Este procesamiento, para el caso de frutos secos, semillas y raíces, consistió en **tostar previamente las semillas y/o molerlas convirtiéndolas en harinas**, lo que lo convierte en un alimento accesible al consumo de todas las edades, sobre todo de los niños y viejos que tendrían mayor dificultad o se verían imposibilitados en masticarlos y digerirlos. La molienda, pues, permitió refuncionalizar parte de las plantas que estarían en proceso de secarse debido a su estacionalidad o inservibles para fines alimenticios.

Los instrumentos de molienda típicos presentes en el Desierto de Chihuahua fueron piedras planas utilizadas como base (piedras de moler o metates), y una piedra de menor tamaño redondeada o





alargada para machacar y friccionar semillas o raíces hasta convertirlas en harina. Otra forma es la utilización de lo que se ha denominado mortero (un cajete de piedra móvil o fijo y su respectiva mano), se piensa que en este tipo de recipiente se molió principalmente el fruto seco del mezquite (Taylor, 1966:68-69).

Dentro del espectro de plantas utilizadas como alimento, se proyecta de manera preponderante el maguey, el cual fue procesado por medio del homeado, cocinando dos días el corazón y su inflorescencia para convertirla en alimento.

Este avance en el procesamiento de alimentos fue en cierto sentido espectacular debido al hecho de que no hay nada en los diferentes tipos de agave (maguey), que hagan suponer que pueden convertirse en alimento. Es más, la manipulación del agave en realidad puede producir irritación en la piel, debido a que sus jugos son muy ácidos.

Ventaja valiosísima en un ambiente desértico es el hecho de que el agave como un recurso disponible en épocas

de sequía contiene humedad, lo que no es el caso de las harinas. Además, en un ambiente que se caracteriza por la ausencia de sitios con agua permanente, el agave representa una opción de líquido que al consumirlo permite rehidratar el cuerpo humano (Pérez de Ribas, 1944:277). Sin embargo, si bien el agave presenta una cantidad muy reducida de líquido en su estado natural, el incrementarlo requirió también del desarrollo de ciertos conocimientos para obtenerlo, puesto que es necesario tratar de determinada forma el corazón del mismo, por ejemplo raspándolo sin dañarlo, lo que provoca e intensifica la producción de este jugo.

Seguramente la utilización de las partes carnosas del agave cocinadas, así como la dependencia de su jugo como una alternativa en sitios donde no se encontrara fácilmente el agua, permitió, a la larga, atravesar los grandes desiertos característicos del norte de México.

Se podría resumir que la transformación de las plantas por medio del trabajo de la mujer requirió de la observación de los ciclos y propiedades

de las diferentes partes de que se componen las plantas; de la experimentación respecto a sus posibilidades de funcionar como alimentos y de la selección del tipo de plantas que mejor pudieran cumplir con dos requisitos para sobrevivir en condiciones de desierto:

1. posibilidades de rebasar su propia estacionalidad; y 2. distribución amplia y concentrada en el territorio.

El combinar la selección de determinadas plantas con el desarrollo de técnicas de procesamiento fue una manera inteligente de superar hasta cierto punto los límites ecológicos impuestos por el propio medio ambiente, lográndose ampliar las posibilidades alimenticias y, por ende, logrando el objetivo final de cualquier especie, o sea su reproducción material cotidiana.

Visto desde otra perspectiva, la estrategia de la producción consistió en encauzar el tiempo de trabajo y la actividad humana a intensificar y diversificar las opciones alimenticias por medio de la aplicación de técnicas para la transformación de las plantas en alimentos. En lugar de invertir la energía



del trabajo en la búsqueda de una amplia gama de plantas, se integró a la dieta un número reducido de éstas durante las diferentes estaciones, variando únicamente que en determinadas épocas se consumían frescas particularmente los frutos, y en otras se procesaban cuando estaban secos.

Para lograrlo también fue necesario inventar una tecnología que permitiera rebasar las limitantes de una planta seca extrayendo su potencialidad alimenticia por medio de, por ejemplo, la mollienda y el homeado.

Es preciso suponer que el grupo femenino dedicado a la tarea de recolectar y procesar los vegetales, desarrolló una práctica de observación y experimentación con las plantas, en particular con el agave para lograr desentrañar la forma como esta planta podría convertirse en un alimento, posiblemente en el principal, puesto que el desierto del norte-centro de México (Desierto de Chihuahua) presenta en determinadas situaciones topográficas y edafológicas, abundantes concentraciones de esta planta, además está disponible durante todo el año.

Esta acumulación de conocimientos y su puesta en práctica sin duda dieron un fuerte impulso al desarrollo de las fuerzas productivas de una formación social como la de los cazadores-recolectores del desierto.



La hipótesis derivada de estas reflexiones sería que en términos de la estructura social, las actividades femeninas dan cuenta en su mayor parte de la reproducción material de la vida cotidiana y que las dos actividades básicas no lo constituyeron la combinación de caza y recolección, sino la práctica conjunta de recolección y procesamiento de alimentos, llegando a ocupar la segunda una posición clave en la alimentación cotidiana y, por ende, en la reproducción material y en el funcionamiento social.

Si bien la recolección es prerequisite que da paso al procesamiento, la primera resultaría inútil si no se conoce la manera de transformar en alimento plantas que en su estado natural no lo son.

### TRABAJO MASCULINO Y PRESTIGIO SOCIAL

Si la reproducción física y material de la sociedad se sustentaba principalmente en el trabajo de la mujer, ¿hacia dónde se orientaba el trabajo masculino? Este trabajo, según se puede apreciar a partir de los datos etnográficos y etnohistóricos, se encausaba a la cacería de animales de cierto tamaño; a la elaboración de instrumentos tales como el arco, las flechas y los cuchillos (León, 1961:19; Pérez de Ribas, 1944:254) y al resguardo de la familia y del grupo contra ataques armados de grupos extraños o enemigos (León, 1961; Casas, 1903).



La carne fue un importante complemento de la alimentación y motivo de regocijo general cuando se presentaba el caso, aunque su consumo era más bien esporádico, pues era una actividad que no se realizaba diariamente sino a criterio de los cazadores.

Si bien, en general, la cacería caracteriza las actividades masculinas, determinado tipo de caza, además, trasciende la mera utilización de la presa como alimento; por ejemplo, la cacería del venado para el caso del norte de México. Este animal no sólo proporcionó carne y otros elementos que se integraban al consumo individual o al consumo productivo, sino que las relaciones sociales de la formación social cazadora-recolectora les añadía un contenido que rebasaba sus funciones inmediatas. Un contenido social que, en primer lugar, otorgaba prestigio a quien cazaba al animal y, en segundo lugar, se añadía la prerrogativa de que la piel del animal se convirtiera en objeto de intercambio, por algo diferente a la propia piel, como el obtener fuerza de trabajo. El ejemplo más acabado era el trueque de una o varias pieles con otro hombre para recibir a cambio alguna de sus mujeres disponibles, generalmente una hija para el caso del norte de México (León, 1961:29). Esto era posible gracias a las relaciones sociales que establecían este tipo de intercambio a través de las relaciones de parentesco.

Por lo que respecta a los instrumentos de piedra tallada, tal parece que una buena parte de éstos eran puntas de proyectil de todo tipo, para dardo, para lanza y otro tipo de instrumentos cortantes como los cuchillos bifaciales. En el proceso de elaborar estos artefactos era necesario reducir los núcleos de piedra y de esta reducción quedaban lascas, e incluso preformas (artefactos no concluidos por diferentes circunstancias de orden tecnológico) que también se podían utilizar en las labores cotidianas de corte, raspado, perforación. Pero los instrumentos característicos del ajuar tecnológico masculino fueron los artefactos mejor acabados como las puntas de proyectil.

Estas puntas, además de cumplir con una función específica relacionada en su mayor parte con las actividades de

caza y destazamiento, también tenían la posibilidad de transformarse en objetos de intercambio u objetos simbólicos. Por ejemplo, las puntas de flecha y átlatl funcionaban como formas de comunicación específica. Determinada presentación de una asta de flecha significaba una invitación a un convivio o una declaración de guerra, según el contexto en que era enviada a grupos amigos o rivales (León, 1961:24). Además, las flechas y las pieles también podían cambiarse por peyote, según atestigua Alonso de León, quien concluye que los "...cueros o flechas...[son] su moneda" (*ibidem*).

Así pues, a los productos del trabajo masculino se les atribuía una gran versatilidad en cuanto a sus posibilidades de funcionar en más de un contexto social.

Al comparar sucintamente la cantidad de trabajo invertido por los agentes de la producción masculino y por el femenino para contribuir a la reproducción física de su grupo, resulta que la contradicción más evidente de este tipo de sociedad es que el grupo trabajador que proporciona la mayor

parte de los elementos para que la sociedad produzca y se reproduzca cotidianamente, el grupo productivo que a lo largo de su historia generó una serie de conocimientos, que permitió la utilización exhaustiva y adecuada de los diferentes recursos vegetales que presenta el desierto, fue el grupo menos privilegiado de su sociedad, pues careció de alternativas que le permitieran el acceso a un prestigio social.

Si bien el grupo femenino era el que invertía la mayor parte de su tiempo y energía en un trabajo del cual se aprovechaba la comunidad familiar, el grupo masculino era el que recibía todo el prestigio social a través de actividades de las que estaban excluidas las mujeres, como la caza del venado (aunque ayudaran en algunos casos a adquirirlos) y de la cual ciertamente no dependía la vida de la sociedad.

En realidad, cualquiera de las actividades masculinas podía haber sido realizada por las mujeres, pero el problema evidentemente no era de orden práctico sino de prohibiciones y/o restricciones sociales. El problema, de hecho, no sería tanto lo que se produce sino qué agente de la producción lo produce, y así el problema se traslada al momento de la producción que otorga determinado valor a los productos. En resumen, el valor del producto estuvo vinculado a la posición social del agente de la producción que lo obtuviera, no tanto a qué era lo que obtenía.

Así pues, la diferencia entre el grupo productivo masculino y el grupo femenino radicaba básicamente en el condicionamiento social que no otorgaba al trabajo ni a los objetos producidos por la mujer ningún reconocimiento que rebasara el ámbito doméstico. A los alimentos que producía, y a los artefactos que manufacturaba, se les asignaba un lugar en el contexto social únicamente como valor de uso sin posibilidad de convertirlo en objeto de intercambio, lo cual le daría a la mujer el control de un segmento de la vida social. Así pues, el producto de su trabajo fue transformado, en función de las relaciones sociales de la sociedad recolectora-cazadora, en estrictamente valores de uso.

Por otra parte, los productos generados por los dos trabajos básicos que



se identifican con el quehacer masculino son transformados en (incipientes) valores de cambio, que le dan a este agente de la producción una cierta flexibilidad en su papel al interior de la sociedad.

Las causas que originan la debilidad social de la mujer, por lo tanto, radican, por una parte, en el hecho de que el agente de la producción femenino no tiene opción de que su producto salga de la esfera de la estricta subsistencia, y por otra, la capacidad del hombre de

de un intercambio al cual ella es ajena y en calidad de objeto, no de sujeto, puesto que se realiza entre individuos del grupo de producción masculino (el padre y el esposo), se le coloca en una situación de inferioridad, aunque en la práctica su capacidad como trabajadora permita la supervivencia del conjunto del grupo. En otras palabras, esto tiene como consecuencia que el trabajo de la mujer se vea subsumido a las necesidades masculinas que pueden ser de prestigio, de poder o de otro tipo, y no necesariamente de búsqueda del bienestar común.

Regresando a la primer pregunta, si la mayor parte del trabajo destinado a la supervivencia lo realiza la mujer, ¿en qué invirtió su tiempo el hombre, ya que asegurada la supervivencia general podía disponer de su tiempo para realizar diferentes actividades?

En hipótesis, es posible plantear que una buena parte de la actividad masculina estaba dirigida a la manipulación de elementos ideológicos y a la elaboración y aprendizaje de rituales practicados en momentos importantes de definición y reforzamiento de los lazos con la naturaleza, con lo sobrenatural, con las alianzas de parentesco.

Se puede postular que las actividades y cargos de chamanes y hechiceros, con toda la carga de conocimiento social que implicaría, era una actividad predominantemente masculina; el conocimiento de los vínculos sociales que los unía con otras bandas, la forma de reafirmarlos y deshacerlos sería un conocimiento y, sobre todo una prerrogativa masculina.

El manejo de estos elementos ideológicos y simbólicos son tan importantes para la supervivencia de un grupo humano como la propia obtención de recursos alimenticios. Sin embargo, el manejo de estos conocimientos otorgó al individuo ventajas sociales de las que carecieron otros miembros de la sociedad, particularmente el grupo femenino.

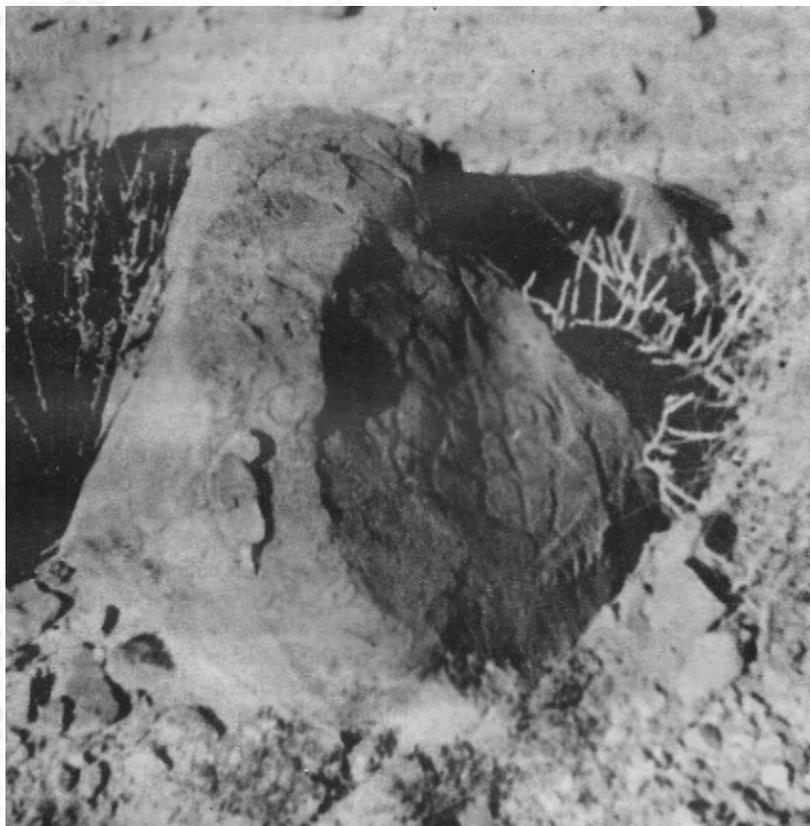
Ciertamente, una sociedad como la cazadora-recolectora, limitada democrática y tecnológicamente, tuvo límites para la explotación del trabajo femenino, de ahí que se haya interpretado como una ausencia de dominio. Existió un dominio menor que en las



que su producto pueda cambiarse por una o varias mujeres condiciona, al mismo tiempo, al grupo femenino su introducción en el proceso productivo, pues es a partir del momento en que se realiza el intercambio (pieles-mujer) que se le asigna su posición en la organización del trabajo, con la responsabilidad de integrarse a labores de recolección, procesamiento de alimentos y manufactura de artefactos.

Desde el momento en que se articula en la dinámica social del trabajo a partir





sociedades clasistas, pero seguramente generó contradicciones que afectaron la reproducción social de este tipo de grupos.

De cómo esta sociedad rebasó estas contradicciones para asegurar una reproducción simple a través del tiempo (arqueológico y contemporáneo para el caso de los grupos cazadores-recolectores que han sido estudiados por los etnólogos), debería ser el objetivo de investigación, tanto de arqueólogos como de etnólogos, pero este enfoque no ha sido empleado hasta el momento.

## CONCLUSIONES

Vista desde una perspectiva general, los grupos cazadores-recolectores que habitaron el Desierto de Chihuahua tuvieron una gran capacidad para sobrevivir como tales con base en la explotación exclusiva de los productos

que ofrece el desierto. Considerando que algunos datos arqueológicos proponen una antigüedad de hasta 10 000 años antes del presente para la presencia del hombre en esta parte de América (Taylor, 1966:61), y que durante toda esta época existió un *continuum* cultural, es posible plantear que se realizó una integración importante entre los miembros de la sociedad que conforman los diferentes grupos sociales y la naturaleza.

Sin embargo, visto desde el análisis del trabajo, es factible plantear la hipótesis de que esta integración general se logró a costa de la supeditación de un agente de la producción a otro, hecho que necesariamente genera contradicciones que la sociedad tuvo que haber superado de una u otra manera.

La arqueología, disciplina que permite conocer con más detalle el funcionamiento de las sociedades pasadas, ha limitado su rango de interés, para el caso del Desierto de Chihuahua, a prácticamente la clasificación y bautizo con múltiples nombres a un objeto: las puntas de proyectil. Con este objetivo en mente es evidente que ha ignorado información pertinente para la interpretación y explicación de esta sociedad, ya que es posible que las puntas de proyectil hayan sido precisamente los artefactos que dan cuenta (en lo productivo) de una actividad relativamente secundaria, aun y si las contemplamos desde la actividad masculina.

Considerando la variedad de tipos de sitios arqueológicos que existen en el desierto del norte-centro de México, resaltan las limitaciones que se perciben en los diferentes proyectos arqueológicos que aquí se han realizado, ya que la arqueología, en el mejor de los



casos, se ha abocado fundamentalmente a interpretar únicamente artefactos, y en el peor, únicamente una parte de estos, o sea, las puntas de proyectil. Salvo casos excepcionales, se ha omitido la interpretación de los sitios y de su contexto, lo cual podría proporcionar una muy rica información que realmente permitiera establecer conexiones entre diferentes tipo de actividades de los habitantes prehispánicos de esta región. Los diferentes tipos de sitios registrados hasta el momento son:

*En superficie*

- a) Concentraciones de lítica tallada asociada o no a instrumentos de molienda.
- b) Concentraciones de fogatas.
- c) Combinaciones de a) y b).
- d) Concentraciones de morteros fijos (con o sin asociaciones visibles con otros tipos de artefactos).
- e) Hornos para cocer agave.
- f) Petroglifos aislados o en concentraciones.
- g) Pictografías.

*Sitios cubiertos*

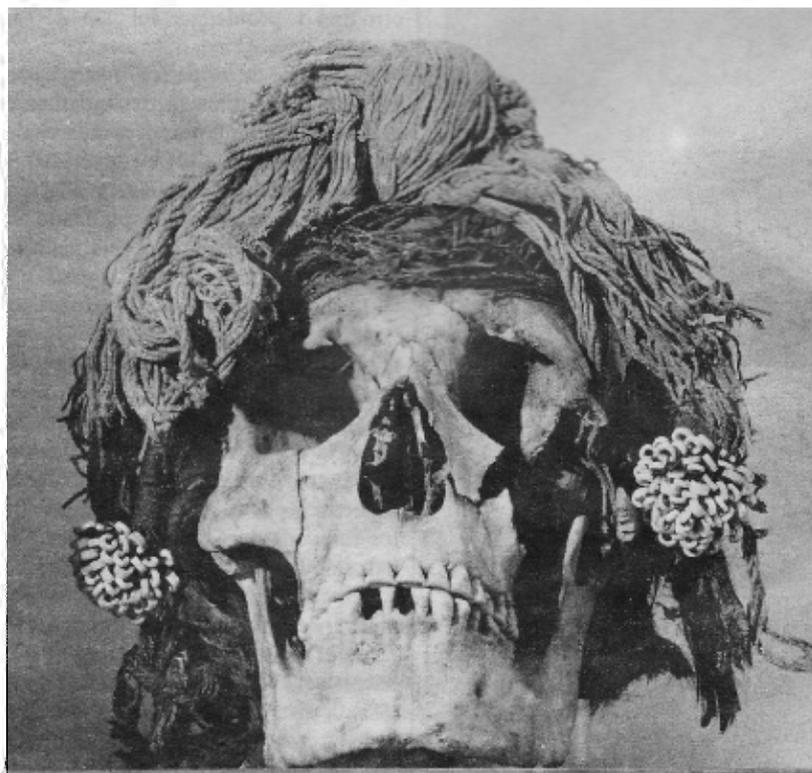
- a) Por rocas.
  - a.1) Cuevas mortuorias.
  - a.2) Entierros individuales.
- b) Por suelo.
  - b.1) Cuevas habitacionales.

Esta variedad de presentación de los sitios se encuentra, además, distribuida en diferentes tipos de topografía y asociaciones de vegetación, lo cual proporciona una cantidad de elementos combinados que permiten conocer finalmente aspectos fundamentales de la vida social de los grupos humanos que elaboraron estos restos.

El desperdicio de datos que caracteriza a la arqueología desarrollada en este lugar es ilustrativo. Por ejemplo, en los sitios de concentración de lítica tallada se ha dejado sin recolectar (en el caso de los proyectos de superficie) o de analizar (en el caso de los artefactos obtenidos en excavación) lo que constituye el mayor porcentaje de artefactos: las lascas, privilegiándose, como ya se mencionó, las puntas de proyectil y artefactos de forma muy definida o trabajo elaborado como los raspadores, los que, por supuesto, aparecen en cantidades muy limitadas. Además de perder información en términos cuantitativos, rompen con una secuencia cualitativa, pues dentro de un mismo sitio, y dentro de un mismo contexto, existe una secuencia, ya sea tecnológica y/o funcional, que vincula en principio a un grupo de artefactos con los otros —que en el caso de los artefactos obtenidos a partir del tallado de piedra se ejemplifica con la relación cualitativa existente entre desecho de talla (lascas y otros) con los artefactos más elaborados (preformas y formas, unifaciales y/o bifaciales).

Por otra parte, salvo algunas excepciones (Varner, 1967, 1968; González, 1982), la mayoría de los trabajos de campo pasa por alto el análisis sistemático de fogatas, que son importantes para siquiera asomarnos al aspecto demográfico; lo mismo puede decirse de la falta de un desarrollo coherente para el estudio de los instrumentos de molienda, lo cual avanzaría mucho en el conocimiento del trabajo de la mujer.

Si en el aspecto de la producción y reproducción de la vida material se ha pasado por alto una gran cantidad de información pertinente, en el ámbito de lo simbólico e ideológico no se ha avanzado en absoluto; por lo que respecta a los entierros, por ejemplo, no tenemos una idea ni siquiera aproximada sobre el significado del ritual mortuorio (Aveleyra, 1956). Sin embargo, la clasificación y descripción de material lítico tallado, así como de los artefactos en fibra, hueso, concha y madera de la cueva mortuoria de La Candelaria, aunque no se integra como explicación de este tipo de ritual, sí es válido como referencia para argumentar





otro tipo de problemas (Johnson, 1977; Avellyra, 1956).

En el caso de los petroglifos es hasta los últimos 13 años aproximadamente que se realizan intentos esporádicos de sistematizar su estudio (Avellyra, 1977; Murray, 1987 y González, 1987). En tanto que aún no se ha realizado ni siquiera una reflexión sobre las posibles formas de estudio de las pictografías.

La distribución espacial de los sitios, tamaño, densidad y contenido de artefactos, cuando se trata de sitios de superficie, son datos que han sido igualmente ignorados, y por lo que respecta a los pocos sitios excavados, no hay manera de entender el contexto específico por capas naturales, ya que los métodos de excavación utilizados han sido limitados en este aspecto.

En concreto, la arqueología del desierto del norte-centro de México (Desierto de Chihuahua) está por hacerse si se pretende conocer a través de esta disciplina a las sociedades que lo habitaron en épocas pretéritas, y no únicamente la variedad de puntas de

proyector que están representadas en esta gran área.

El planteamiento que he desarrollado en este trabajo está basado en los fragmentos de información documental que existen para el área sobre los grupos cazadores-recolectores que encuentran los españoles hacia finales del siglo XVI y principios del XVII, así como en una interpretación libre y personal de los datos arqueológicos que existen para el área, pero que han sido en su mayoría consignados sin pruritos de interpretación y sin planteamientos teóricos específicos a los cuales referirse, y a una teoría general de la sociedad que permite entender una parte importante de la dinámica social a partir del proceso productivo y de sus categorías centrales (Marx, 1975, 1984).

Regresando al tema de la arqueología de este desierto, señalaré que, no obstante considerarla deficiente como arriba lo expresé, las hipótesis iniciales del presente trabajo me fueron sugeridas por datos que se pueden encontrar en los trabajos de campo de Walter W.



Taylor (1964, 1966, 1972, 1973); el de **Enés Aveleyra** Arroyo de Anda (1956) y en mi propio trabajo de campo en el Proyecto Arqueológico Bolsón de Mapimi (González, 1979, 1982, 1983 y 1985), los cuales me permitieron desarrollar los siguientes planteamientos:

1. La presencia de una baja densidad de artefactos en la mayoría de los sitios abiertos (registrados en el Proyecto Arqueológico Bolsón de Mapimi), de uno a dos por metro cuadrado, comparándola con una alta incidencia de sitios en el área, puede apoyar la hipótesis de que la estructura social de los habitantes se basó en la organización de pequeños grupos de trabajo y de resistencia con un alto grado de movilidad (González, 1982).

2. La distribución espacial de los sitios arqueológicos, correlacionada con el tipo de artefactos encontrados en ellos y con su situación microambiental, parece señalar que los indicadores arqueológicos de actividades específicas tales como instrumentos de molienda, hornos para cocer agave y micropuntas de proyectil, en ciertos casos están claramente asociados a concentraciones de agave, nopaleras, mezquitalas y recursos lacustres. De esta información puede derivarse una hipótesis tentativa que proponga que la estacionalidad de estos recursos naturales, así como la presencia o ausencia de ellos, seguramente incidió en la estrategia de movilidad de los grupos cazadores-recolectores (*ibidem*).

3. El análisis tecnológico del material lítico tallado permite concluir que estos grupos humanos tenían el conocimiento y la habilidad para producir

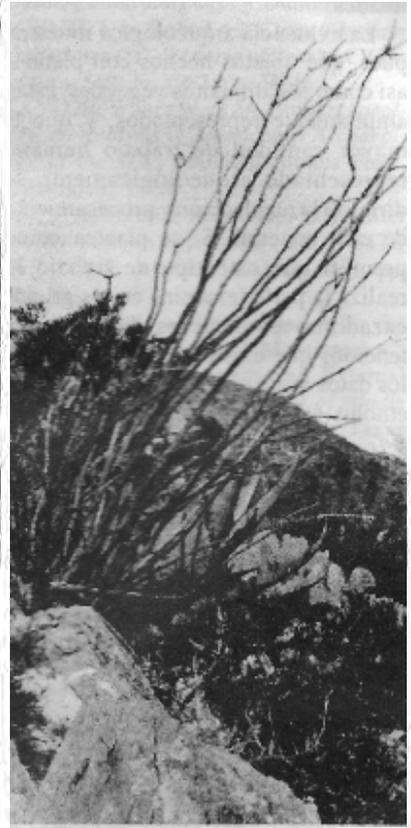
artefactos bien terminados, tales como los cuchillos bifaciales que se encontraron asociados a los bultos mortuorios de la Cueva de la Candelaria. Estos cuchillos revelan un magnífico control del lasqueado por percusión (Aveleyra, 1956).

Sin embargo, el análisis de más de 10 000 artefactos recolectados en el área de trabajo del Proyecto Arqueológico Bolsón de Mapimi, revela que la mayoría de los artefactos utilizados y regularmente distribuidos en los sitios, fueron lascas o guijarros tabulares o irregulares a los que se les modificó únicamente una pequeña sección de margen, para lo cual se utilizó el retoque por presión o la percusión simple. La mayoría de las puntas de proyectil (unifaciales y bifaciales) fueron fabricadas en lascas empleando únicamente el retoque por presión (González, 1984). Con esa técnica más sencilla en su aplicación (aunque debió de implicar una transformación en la forma de concebir la correlación entre la fuerza aplicada y la roca misma), se obtienen buenos resultados en un corto tiempo, mientras que la percusión aumenta la posibilidad de romper la preforma antes de terminar su manufactura.

La conclusión, por lo tanto, sería que el tiempo de trabajo invertido en producir artefactos de piedra y la energía aplicada a esta tarea fueron reducidas.

4. Si a los datos anteriores agregamos el hecho de que los objetos manufacturados en fibra son muy abundantes en los contextos de excavación, en una proporción que Taylor (1966) calculó de seis de fibra por cada uno de los artefactos de piedra presentes en sus excavaciones, es factible anticipar que la adquisición de la materia prima, es decir, la fibra, la preparación de ésta, la manufactura de los diferentes objetos y artefactos como bolsas, redes, etcétera, podría consumir más tiempo y energía que la adquisición de roca y la manufactura de los artefactos líticos.

5. De igual manera, los desechos de gabazos de maguey u otros indicios de su consumo (Taylor, 1966:8) señalan claramente que esta planta entraba de manera preferencial en la dieta de los grupos cazadores-recolectores, a diferencia de los restos de animales cuyos

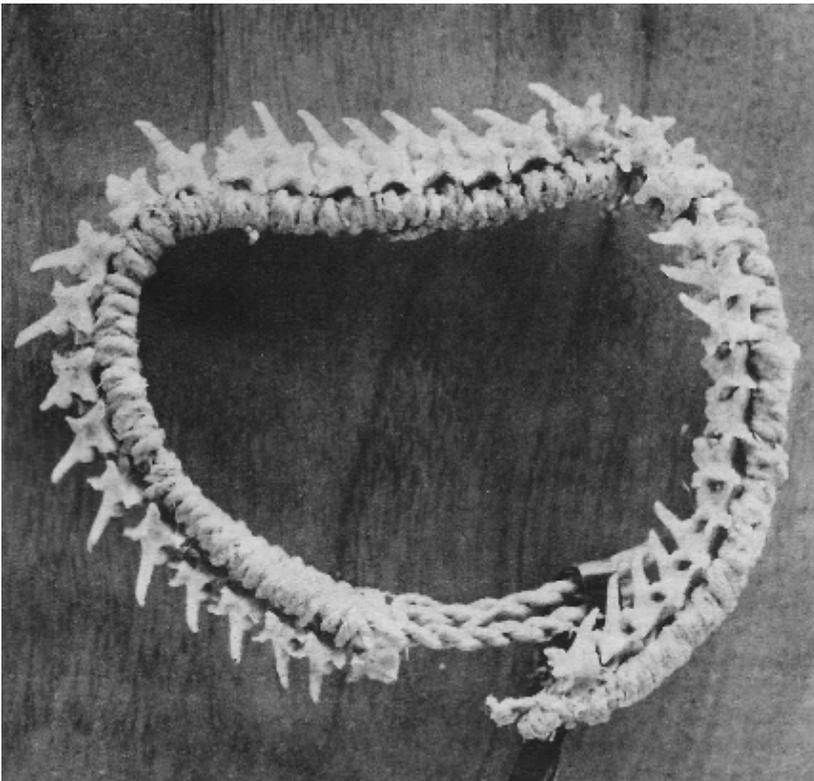


restos aparecieron en menores cantidades.

La evidencia arqueológica muestra, pues, que objetos hechos con plantas, así como los alimentos vegetales, están ampliamente representados, y que la mayor cantidad de trabajo humano representado arqueológicamente se dirigió a la recolección y procesamiento de este material. Si se plantea como premisa que este tipo de trabajo lo realiza la parte femenina en los grupos cazadores-recolectores del desierto, tenemos que existe un consenso entre los datos arqueológicos, etnográficos y etnohistóricos para el área de la pre-

sencia continua e intensa de las actividades de este agente de la producción.

Sin embargo, es a todas luces un imperativo el mejorar la calidad del trabajo arqueológico ligado a la recuperación y análisis de los artefactos y sitios arqueológicos, lo cual no puede lograrse si no se especifican planteamientos teóricos que tengan como objetivo la reconstrucción de las formas de trabajo social y los aspectos ideológicos vinculados a ellas, lo cual es un paso necesario para avanzar en el conocimiento de la estructura general de los grupos recolectores-cazadores del desierto del norte-centro de México.



## BIBLIOGRAFÍA

AHUMADA, Pedro, *Rebelión de los zacatecos y guachichiles*, Biblioteca de Historiadores Mexicanos, Editor Vargas Rea, México, 1952.

ALEGRE, Francisco Javier, *Historia de la Compañía de Jesús*, vols. I-II, México, 1841.

AVELEYRA ARROYO DE ANDA, Luis, Manuel Maldonado-Koerdell, Pablo Martínez del Río, *Cueva de la Candelaria, Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia V. vol. I*, INAH, México, 1956.

\_\_\_\_\_, Proyecto Arte Rupestre, Informe al Consejo de Arqueología del INAH, Mecanoscrito. Centro Regional Norte-Centro, Torreón, Coahuila, México, 1981.

BREIMER, Richard, *Soil and Landscape Survey of the Mapimi Biosphere Reserve Durango, México*. Unesco-Mab, Montevideo, 1985.

CASAS, Gonzalo de las, "Guerra de los Chichimecas", *Anales del Museo Nacional de México, Segunda época*, tomo I, México, 1903.

GONZALEZ ARRATIA, Leticia, Informe del trabajo de campo realizado durante la temporada nov./dic. de 1979 para el Proyecto Arqueológico Bolsón de Mapimí, Depto. de Prehistoria, mecanoscrito presentado al Consejo de Arqueología, INAH, México, 1979.

\_\_\_\_\_, Informe del trabajo de campo realizado durante la temporada de 1980 para el Proyecto Arqueológico Bolsón de Mapimí, Depto. de Prehistoria, mecanoscrito enviado al Consejo de Arqueología, INAH, México, 1982.

\_\_\_\_\_, "Proyecto Arqueológico Bolsón de Mapimí: Resumen Técnico", *Boletín del Consejo de Arqueología*, núm. I, INAH, México, 1984, pp. 22-38.

\_\_\_\_\_, "El problema de la arqueología de superficie y la movilidad de los grupos cazadores-recolectores", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, tomo XXXII, Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1986, pp. 51-62.

\_\_\_\_\_, "Ejercicio de interpretación de actividades en un campamento de cazadores-recolectores en el Bolsón de Mapimí", *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad*, Linda Manzanilla (editora), Serie Antropológica núm. 76, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, 1986.

\_\_\_\_\_, *Teoría y método en el registro de las manifestaciones gráficas rupestres*, Cua-



ernos de Trabajo, Departamento de Prehistoria, INAH, México, 1987.

\_\_\_\_\_. "La Arqueología en Coahuila", *La antropología en México*, vol. 12, Carlos García Mora (coordinador), INAH, México, 1988, pp. 263-285.

\_\_\_\_\_. *Arqueología del desierto*, tomo I, en preparación.

JOHNSON, Irmgard Weitlaner, *Los textiles de la Cueva de la Candelaria, Coahuila*, Colección Científica 51, INAH, México, 1977.

KELLEY, Charles J., "A Bravo Valley Aspect Component of the Lower Rio Conchos Valley, Chihuahua, México", *American Antiquity*, vol. 17, núm. 2, octubre 1951, pp. 114-119.

\_\_\_\_\_. "Archaeology of the Northern Frontier: Zacatecas and Durango", *Handbook of Middle American Indians*, vol. 11, Robert Wauchope, General Editor, University of Texas Press, Austin, 1971, pp. 768-801.

KIRCHHOFF, Paul, "Los recolectores-cazadores del norte de México", *El Norte de México y el Sur de Estados Unidos*, tercera reunión de mesa redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centro América, Sociedad Mexicana de Antropología, México, 1943, pp. 133-144.

LEE R., Irvén De Vore, *Man the Hunter*, Aldine Publishing Co., Chicago, 1968.

LEON, Alonso de, "Relación y Discursos del Descubrimiento, Población y Pacificación de este Nuevo Reino de León: Temperamento y Calidad de la Tierra", *Historia de Nuevo León con noticias sobre Coahuila, Tamaulipas, Texas y Nuevo México*, Israel Cavazos Garza (editor), Biblioteca de Nuevo León, Gobierno del Estado de Nuevo León, Monterrey, (1649) 1961, pp. 3-119.

MARTINEZ DEL RIO, Pablo, "Relaciones directas entre las fuentes escritas y la arqueología", *Cueva de la Candelaria*, vol. I, Luis Avelayra Arroyo de Anda, Manuel Maldonado-Koerdell, Pablo Martínez del Río, Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia V, INAH, México, 1956, pp. 17-31.

MARTINEZ OJEDA, E., Jorge Morello, *El medio físico y las unidades fisonómico-florísticas del Bolsón de Mapimí*, Instituto de Ecología, A.C., Publicación núm. 3, México, 1977.

MARX, Carlos, *El Capital*, 7 volúmenes, Siglo XXI, México, 1975.

\_\_\_\_\_. "Proceso de trabajo. Manuscritos de 1861-1863", *Crítica de la Economía Política*, Edición Latinoamericana, núm. 22/23, Ediciones El Caballito, México, 1984, pp. 3-16.

MCCLURKAN, Burney B., *The Archaeology of Cueva de la Zona de Derrumbes a Rockshelter in Nuevo Leon, Mexico*, Thesis, Austin, 1966.

\_\_\_\_\_. The Archaeology of La Cueva de la Zona de Derrumbes (NL92); A Brief Summation and Suggestions for Future Research", *Papers on the Prehistory of Northeastern Mexico and Adjacent Texas*, Center for Archaeological Research, The University of Texas, Austin, 1980, pp. 59-70.

MOTA Y ESCOBAR, Alonso de la, (ca. 1602-1605), *Descripción geográfica de los reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León*, Editorial Pedro Robredo, México, 1940.

MURDOCK, G. P., *Nuestras contemporáneos primitivos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.

MURRAY, William Brenn, *Arte rupestre en Nuevo León numeración prehistórica*, Cuadernos del Archivo núm. 13, Gobierno del Estado de Nuevo León, Monterrey, México, 1987.

PÉREZ DE RIBAS, Andrés, (1645), *Triunfos de Nuestra Santa Fe entre Gentes las más Bárbaras y Fieras del Nuevo Orbe*, tomo III, Editorial "Layac", México, 1944.

SANTA MARIA, Vicente, *Relación Histórica de la Colonia del Nuevo Santander*, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, México, 1973.

SHARP, Lauriston, "Steel Axes for Stone-Age Australians", *Anthropology* 86/87, The

Dushkin Publishing Group, Guilford, 1986. SCHMIDT, Jr., Robert A., "Clima y desierto chihuahuenses", *Desierto y Ciencia*, CIQA, febrero, Saltillo, 1983, pp. 38-45.

TAYLOR, Walter W., *A Study of Archaeology, an Analysis of Americanist Archaeology in the U.S.*, Southern Illinois Press, Carbondale, 1973.

\_\_\_\_\_. "Thethered nomadism and water territoriality: an hypothesis", *IACT. 35TH INT. CONG. AMER.* (México), 1964, pp. 197-203.

\_\_\_\_\_. "Archaic cultures adjacent to the Northeastern frontiers of Mesoamerica", *Archaeological Frontiers and External Connections*, vol. IV, *Handbook of Middle American Indians*, University of Texas Press, Austin, 1966, pp. 59-94.

\_\_\_\_\_. "The hunter-gatherer nomads of northern Mexico: a comparison of the archival and archaeological records", *World Archaeology*, 4(2): 167-178, 1972.

TOLEDO, Víctor Manuel, "La ecología del modo campesino de producción", *Antropología y marxismo*, núm. 3, abril-septiembre, 1980, pp. 35-56.

WARNER, Dudley M., "The Nature of Non-Buried Archaeological Data: Problems in Northeastern Mexico", *Bulletin of the Texas Archaeological Society*, vol. 38, Dallas, Texas, 1968, pp. 51-65.

\_\_\_\_\_. *An Archaeological Investigation of Hearths in Northeastern Mexico*, M. A. Thesis, The University of Texas at Austin, 1967.

